

TIEMPO RECOBRADO

# *Caralampio, mártir y santo*

**PEDRO G. CUARTANGO**Actualizado:08/08/2015 **03:22 horas**

25

3

**E**stas líneas versan acerca de cómo encontré sin esperarlo un nuevo santo protector en la ermita de la isla de La Toja, en la ría de Arosa. Sus paredes están construidas con conchas de vieira en las que los enamorados inscriben sus deseos. Situado en un parque y junto a la antigua fábrica de jabones, el pequeño templo refulge cuando el sol ilumina el nácar de sus muros.

Tras una copiosa comida y unas jarras de albariño, llegamos un grupo de amigos a este mágico lugar. Eran las cinco de la tarde y hacía un calor impropio del paraje, siempre refrescado por la brisa de la ría. Allí cerca, a unos pocos pasos de la entrada de la ermita, se alzaba una frondosa palmera que ofrecía una espesa sombra para echar la siesta. Me quedé dormido un largo rato tras tumbarme junto a sus raíces, ignorante de lo que sucedía a mi alrededor.

"El emperador ordenó la decapitación de San Caralampio al sentirse amenazado por la fortaleza moral del

Nada más entornar los ojos, tras cruzar las fronteras del misterioso país de **Morfeo**, mi amigo **José Luis Diez** me entregó una pequeña estampa con la efigie de **San Caralampio**, que había comprado para mí en el interior del templo. Me informó de que este santo y mártir era el patrón del lugar y también de los borrachos y los cojos. Luego alguien me comentó que también es venerado en algunas aldeas gallegas.

Hay algo que me conmovió en el retrato del eximio sacerdote de Éfeso, que murió en el 212 tras ser descuartizado y torturado al negarse a renegar de su fe. Aparece representado con una casulla dorada, símbolo de la

anciano

---

Resurrección, y con los brazos implorantes. Lleva una palma en la mano derecha y se muestra doliente, con una poblada barba y ojos de sufrimiento que miran a Dios y se compadecen de la humanidad.

San Caralampio resistió el martirio sin exhalar la menor queja a pesar de que ya tenía 107 años y curó a un endemoniado que fue llevado a su presencia. El emperador ordenó su decapitación al sentirse amenazado por la fortaleza moral del anciano, el santo más viejo de la Iglesia.

En el reverso de la estampa, leí una oración en la que, por intercesión de San Caralampio, se pedía a Dios que nos librara del pecado y nos concediera la gracia para "nuestros cuerpos", algo que yo necesitaba perentoriamente.

Me levanté penosamente del mullido césped y, todavía bajo la sombra de la palmera, de repente, un soplo de aire me hizo revivir como si fuera un milagro del venerable santo de Éfeso, que me miraba fijamente y me proporcionaba el infinito consuelo de su presencia.

Pensé que un protector de los borrachos y los cojos me convenía más que estar bajo la advocación de la severa **Santa Mónica**, madre de **San Agustín**, inscrita en el santoral el día de mi nacimiento. Decididamente, San Caralampio era una figura mucho más cercana y misericordiosa para afrontar este valle de lágrimas.

Dado que me gusta beber y soy casi cojo, ningún otro santo podía ofrecerme las ventajas de este benefactor de los desgraciados, cuya imagen se venera en la tierra del aguardiente. De ahora en adelante, peregrinaré -si mi salud lo permite- a esta recogida ermita y pediré perdón por mis pecados a este esclarecido mártir.

A mi edad, no hay redención posible ni propósito de la enmienda. El cuerpo flaquea y el alma es débil. Incapaz de encontrar complicidades entre los hombres, dirijo mi mirada hacia San Caralampio, con la esperanza de que me haga fuerte para soportar mi destino.

Nos alejamos de La Toja antes de ponerse el sol y vuelvo un momento la vista atrás. Allí veo las conchas de la torre de la ermita brillar sobre las aguas que han adquirido un extraño color azul al final de la tarde. Será otro milagro, el último, de San Caralampio, patrón de los borrachos y los cojos.

